

TEATRO Y FIESTA POPULAR Y RELIGIOSA

Mariela Insúa | Martina Vinatea Recoba (eds.)



RITOS DE AMISTAD Y RITOS DE GUERRA ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES, SEGÚN LAS CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Araceli Campos Moreno
Universidad Nacional Autónoma de México

Tema obligado en las crónicas indianas son los primeros encuentros entre indígenas y españoles durante la conquista y la exploración de América. Ya fuera en son de paz, ya de guerra, tales encuentros se manifestaron en ritos y ceremonias para festejar las victorias, recibir a los visitantes, pactar las derrotas, iniciar los combates, etc. Tuvieron funciones específicas y se produjeron en situaciones determinadas para indicar el sometimiento a un orden político, señalar convenciones y prohibiciones sociales, o bien para manifestar las ideas que animaban a quienes, por primera vez, se hallaban unos frente a los otros.

Si tenemos en cuenta que los ritos —el conjunto de sucesos específicos y culturalmente reconocidos, separados, espacial y temporalmente, de la rutina de la vida diaria—, dan sentido a los actos humanos y gracias a ellos el grupo de personas que los comparte mantiene y reafirma su identidad, valdría la pena hacer una lectura de las crónicas desde esta perspectiva. Con este propósito he elegido algunas crónicas novohispanas que relatan los primeros contactos entre españoles e indígenas durante la conquista de México. No es por supuesto una muestra exhaustiva ante la cantidad de crónicas que existen y ante la imposibilidad de revisar un número significativo de ellas. Busqué que fueran actos colectivos, formalizados, marcados por la regularidad y la repetición. Se pueden clasificar en alardes, torneos, recep-

ciones, arengas, procesiones y desafíos. Con fines prácticos, creí conveniente dividirlos en dos bloques: *ritos de amistad* y *ritos de guerra*.

RITOS DE AMISTAD

Sin lugar a dudas el más famoso encuentro entre indígenas y españoles sucede el 8 de noviembre de 1519, cuando Moctezuma recibe a Cortés en la ciudad de Tenochtitlan. La ceremonia de recepción implicó un largo ceremonial. Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España*, asegura que cuatro mil mexicas hicieron el siguiente saludo de acatamiento al conquistador español: cada uno tocó con la mano derecha la tierra y a continuación la besó. Comenta el cronista que «Tardaron en hacer esto más de una hora y fue cosa de ver bien extraña a los nuestros»¹. Después del largo saludo, Moctezuma apareció bajo un palio decorado con plumas verdes, oro y joyas preciosas, precedido por tres señores en fila, que llevaban varas de oro levantadas. Estas varas se empleaban para anunciar la presencia del emperador cuando salía de su palacio o de la ciudad y para que sus súbditos le correspondieran con las ceremonias de reverencia y sumisión que merecía su alta jerarquía.

El emperador, caminó en medio de la calle apoyado en los brazos de dos grandes señores, Cuitláhuac y Cacamatzin, respectivamente, hermano y sobrino suyos. Mientras avanzaba, unos criados se alternaban en quitar y colocar mantas en el suelo, pues se consideraba indigno que sus pies tocaran el piso. Una procesión de nobles indígenas apareció detrás de él: en señal de acatamiento, caminaban descalzos y replegándose a los muros, sin levantar la mirada, «porque era tan grande el respeto que se le tenía [a Moctezuma] que ninguno entraba donde él estaba que no se descalzase los zapatos ni osase levantar los ojos». Fue entonces que Hernán Cortés cometió una falta de cortesía: quiso abrazar a Moctezuma, a la costumbre española. Fue detenido por Cuitláhuac y Cacamatzin, a quienes «les pareció que era gran pecado que hombre alguno le tocara, pues le tenían como a cosa divina»².

La escena nos deja ver el largo, majestuoso y severo ceremonial de la corte mexicana, permeado con un sentido sagrado, distinto al hispánico. Es interesante observar que, hasta ese momento, el ceremonial

¹ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 276.

² Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 276.

transcurre en silencio³. En buena medida, al igual que otros cronistas, Cervantes de Salazar sigue las *Cartas de Relación* de Hernán, quien añade que tanto Moctezuma como sus parientes también hicieron el rito de besar la tierra. Sólo después fluyeron las palabras. Hubo parlamentos de bienvenida y agradecimiento entre los dos personajes principales y el primer intercambio personal de regalos. Los regalos serán una constante en los diferentes episodios de la conquista, siendo más suntuosos, numerosos y originales los de los indígenas. En esta ocasión, Cortés echó al cuello de Moctezuma un collar de cuentas de vidrio, regalo que el emperador correspondió con otro de caracoles rojos y camarones de oro.

Otros rituales de recepción encontramos en las crónicas que relatan las conquistas del norte de México. Nos pueden parecer arcaicos, menos esplendorosos y rigurosos que los de los mexicas, pero no por eso menos fascinantes, con el ingrediente de haber sido alegres y ruidosos. Fray Antonio Tello, en su *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Jalisco*, cuenta cómo en tierras nayaritas, los pueblos de Satira, Chola y Chiamila, enterados de la presencia de los españoles, salieron en multitudes de indios a encontrarlos, intrigados por conocer a aquellas «nuevas gentes nunca vistas, muy blancos, y que traían caballos, animales espantosos que volaban»⁴. El ejército español iba comandado por Francisco Cortés de San Buenaventura, pariente de Hernán Cortés, que le había ordenado continuar la expansión hacia el occidente de México. Como los indios se precipitaban a su alrededor, les pidió que los dejaran pasar. Formaron entonces dos hileras para abrirles el paso, al tiempo que vociferaban y bailaban para mostrar su regocijo. Uno a uno, los caciques indios desfilaron frente al

³ A diferencia de los cronistas hispanos, según los informantes de Sahagún en el encuentro hubo mucho ruido, principalmente de los caballos. Cuatro caballeros precedieron el ejército español comandado por Cortés. Recorrieron el camino, examinándolo, así como unos perros, que olfatearon por todas partes, jadeando. Además del sonido de cabalgata, los caballos tenían cascabeles, que hicieron estrépito. Los indios aliados, los últimos en la formación del ejército, también fueron muy ruidosos: «van dando gritos de guerra con el golpear de sus labios, van haciendo gran algarabía. Se revuelven como gusanos, van diciendo mil cosas». Al llegar a la casa real, los españoles dispararon sus armas: «Retumban, se abren, hacen estruendo, echan chispas». El olor de los arcabuces es percibido por el relator del texto: «El humo se tiende, el humo se ensancha: cual hedor de ciénaga, entra a la cabeza, a todos marea» (Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, p. 774).

⁴ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, p. 69.

capitán, colocando sus manos en el pecho, o bien, en su lanza, simbolizando con este acto la amistad que le entregaban.

Según narra el fraile franciscano, los indígenas siempre recibieron a los conquistadores vestidos como guerreros. Sobra decir aquí la importancia ritual que la guerra tenía para ellos, pero es inevitable pensar que también era una manera de demostrar su poder bélico ante los extranjeros. Ilustrativo al respecto es el episodio en que el cacique de Satira se mostró ante Francisco Cortés y sus hombres. Con un ejército de tres mil guerreros, vestidos con muchas plumas y armados con arcos, flechas y dardos salió a darles la bienvenida. Doscientos de ellos llevaban una vestimenta verdaderamente delirante, que revelaba su alta jerarquía militar: vestían «cueros de tigres, con las cabezas desolladas y moldadas, encajadas en las suyas, y sus brazos metidos en los brazos del cuero del tigre, con las manoplas colgando [...] que no parecían sino tigres»⁵. El cacique se adelantó para regalarle al capitán un jaguar cachorro, que llevaba atado a una cuerda, y un bastón adornado con plumas y tiras delgadas de piel de tigre, en señal de paz y amistad. El resto de los indígenas abrazaron a los españoles y «muy regocijados», bailaron y cantaron, levantando las manos al cielo para celebrar su llegada.

Fray Antonio Tello llama divisas los trajes de los guerreros indígenas. Pero estos trajes, además de indicar las jerarquías de la milicia, tenían implicaciones mágico-religiosas. El jaguar, que el cronista mal denomina tigre, fue una deidad muy adorada por las civilizaciones prehispánicas desde tiempos de los olmecas. La piel del jaguar, fuerza devastadora e indomable de la naturaleza, confería a quien la vestía las cualidades de la fiera⁶. Es decir, vestidos como jaguares, los indígenas creían poseer una fuerza poderosísima, que exhiben cuando reciben a los extranjeros. La escena en que aparecen vestidos de esta manera debió intimidar y deslumbrar a los visitantes.

En 1529, Nuño de Guzmán, entonces presidente de la Real Audiencia de México y gobernador del Pánuco, inició una larga travesía de más de dos mil kilómetros durante un año, a fin de unificar la región noroeste de México. En Culiacán, sorteando el río de Navito, fue recibido pacíficamente por los aborígenes. Como suele suceder

⁵ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 71.

⁶ Es uno de los dos principios de la magia, según James Frazer, que la denomina de *contacto o contagio*, en la que un objeto mágico afecta a la persona que mantiene contacto físico con él (Frazer, 1986, p. 34).

en este tipo de encuentros, una muchedumbre —que fray Antonio Tello calcula en 50 mil—, armados con arcos, flechas, dardos, macanas y cuchillos de pedernal lo saludaron. Habían enramado y limpiado el camino y al son de sus instrumentos musicales, los indios bailaron y cantaron a los españoles⁷.

Al día siguiente, en la ribera del río, tenían dispuesto a sus visitantes un espectáculo sensacional y extraordinario, para demostrar su fortaleza, arrojo y valentía. Habían fabricado un bosque ficticio «de espesas arboledas, del cual salieron unos indios desnudos con unos garrotillos en las manos». Zambulléndose en el río, cada uno sacó un caimán o lagarto, «y con gran destreza y gallardía se le subía en los lomos y el espinazo, y lo rendía a palos hasta sacarlo a tierra, donde los toreaban como en coso, y lo mesmo hacían en el agua, lo cual causó un gran gusto y admiración al ejército [español]». El espectáculo no terminó allí. Justo cuando Nuño de Guzmán atravesaba el río, los indios destruyeron el bosque artificial, de donde salió una gran cantidad de lagartos que prácticamente cubrió el agua, «y los indios con gallardía y presteza los flechaban y la[n]zaban». ¿Qué efecto causó tal espectáculo a los conquistadores? No se intimidaron, por el contrario, dice el cronista, «les pareció un muy vistoso torneo»⁸.

Las descripciones de los cronistas pueden ser erróneas, o bien, como en el caso al que me referiré a continuación, nos dejan con interrogantes al ser incompletas. En su *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, Matías Mota Padilla hace referencia a un ceremonial efectuado en Coahuila, entonces denominado el Nuevo reino de Extremadura. Hacia 1673, un misionero franciscano de nombre Juan Antonio Larios se internó en territorio salvaje para difundir el Evangelio, acompañado de cinco indios cotzales y del soldado Diego Francisco. Al llegar a un paraje, se toparon con trescientos indios tobosos, «que revestidos de una diabólica sugestión (como que andaban holgazanes), quisieron hacer baile, que llaman mitote, con la cabeza del fraile». Los cotzales defendieron al misionero, enfrascándose en una discusión que resolvieron de la siguiente manera; les dijeron a los tobosos: «pues es festejo el que pretendéis, vamos jugando a la pelota, y si ganáis, será vuestro el padre; pero si perdiéreis, ha de quedar libre». Dentro de la concavidad de un árbol,

⁷ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, pp. 179 y 180.

⁸ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 180.

donde había sido encerrado, el aterrorizado fraile presenció el juego. Al escuchar la algarabía de los contrarios, se dio cuenta que sus amigos habían perdido. Para su fortuna, el soldado y los cotzales lograron hacer huir a los tobosos. Podemos suponer que ese juego de pelota, en el cual se decidió la vida del misionero, debió ser algo más que una simple apuesta⁹.

Ya en preparación a la guerra, cuenta Cervantes de Salazar, que antes de continuar su marcha hacia Tenochtitlan, después de oír misa, los españoles realizaron un alarde ante sus amigos tlaxcaltecas y otros indígenas de las provincias de Cholula y Huecotzingo, que habían ido a Tlaxcala a presenciar el acontecimiento.

Salieron muy bien armados, «porque sabían que habían de ser mirados y aun porque pretendían ser temidos de sus amigos». En la plaza de la ciudad, cerca de una pirámide, Cortés cabalgó «con una ropeta de terciopelo sobre las armas, su espada ceñida e un azagaya en las manos». Los primeros en desfilar fueron los ballesteros, que «con mucha gracia y presteza armaron las ballestas y las dispararon en alto, haciendo luego su acatamiento y reverencia a Cortés». Siguieron los rodeleros, que desenfundaron sus espadas, cubriéndose con sus escudos, fingiendo arremeter al enemigo. Después marcharon los piqueiros y escopeteros; estos últimos hicieron una salva que provocó pavor entre los espectadores indios. A continuación aparecieron los jinetes; corrieron en parejas y escaramucearon con Cortés, provocando gran contento en los indios, que se animaron y encendieron en el «deseo ardiente» de verse pronto frente a los odiados mexicas. Los tlaxcaltecas «envidiosos de aquel orden y manera de alarde» le comunicaron a Cortés que ellos harían el suyo el día siguiente¹⁰.

Fue así como ricamente ataviados con rodela y macanas, con plumas a las espaldas, el cabello recogido con cintas de oro o plata, marcharon con sus estandartes manufacturados con plumas, que inclinaron al pasar frente a Hernán Cortés. Dispararon al cielo flechas y «como eran tantas, quitaban la luz del sol»¹¹. Tres horas gastaron los tlaxcaltecas en hacer este alarde para demostrar su fortaleza y sus cualidades militares y simbolizar la alianza que establecían con Hernán Cortés.

⁹ Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia...*, p. 376.

¹⁰ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 367.

¹¹ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 367.

RITOS DE GUERRA

Los rituales de guerra, desafortunadamente, son los más citados en las crónicas. Los indios del Norte, conocidos con el nombre genérico de chichimecas, fueron muy aguerridos y resistieron con brío la colonización española. Cuando el ejército de Nuño de Guzmán llegó a las inmediaciones de Chiametla, en Sinaloa, un escuadrón de dos mil indios ataviados con plumas de papagayos y garzas, «que parecían flores de mayo», desafiantes, se colocaron frente a los españoles. Uno de ellos clavó un dardo en la tierra y en actitud arrogante lo arrastró hasta el campo enemigo, retando a los extranjeros. Un jinete y uno de los indios aliados a los españoles aceptaron el reto. Al ver al caballo, el chichimeca sorprendentemente arrojó su lanza y se postró para besar las patas del animal. Después peleó con el indio aliado, siendo derrotado. Para significarlo, se quitó las plumas y las armas que llevaba para vestir con ellas a quien lo había vencido¹².

Otra expedición española, esta vez encabezada por Pedro Almindiz Chirinos, llegó al río Yaquimí, en Sonora. Los esperaban los indios yaquis, que marcharon «tirando puños de tierra al cielo, y blandiendo los dardos y lanzas, braveando, amenazando y haciendo grandes visajes». El capitán de los indios apareció vestido con un manto sembrado de conchas marinas. La descripción del cronista merece ser leída: «sería a las ocho del día, y como el sol daba en él, [el traje del indio] relumbraba y hacía hermosísimos y vistosísimos visos». Frente a los españoles, con su arco trazó una raya en la tierra, la besó y les advirtió que si la franqueaban morirían. No querían hacerles daño, contestaron los conquistadores, que iban sedientos y hambrientos, invitándolos a pactar y cambiar mercancías. Lograron su cometido, pues los yaquis aceptaron sólo con la condición de que sujetaran los caballos¹³.

En la guerra los indios también efectuaron ritos mágicos. Sabemos por Cervantes de Salazar que en las tropas tlaxcaltecas, los soldados principales y más valientes portaban dos saetas, consideradas reliquias, porque habían pertenecido a sus fundadores. Con una de esas flechas realizaban un rito propiciatorio apenas iniciaba la batalla. La lanzaban al campo contrario, si hería a alguno de los enemigos significaba que

¹² Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 172.

¹³ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 248.

para ellos era la victoria y, en el caso contrario, que perderían la guerra¹⁴.

Las crónicas cuentan que el alzamiento de los caxcanes se había incubado en un Tlaxicoringa, en Nayarit, donde unas hechiceras habían dirigido un aquelarre. En realidad, debió ser una ceremonia religiosa, conducida por sacerdotisas, en la cual, cuando los rebeldes bailaban alrededor de una calabaza, «un viento recio se llevó el calabazo por lo aires, y unas viejas hechiceras le dijeron que se alzasen, porque así como el viento había levantado aquel calabazo, con el mismo ímpetu echarían de la tierra a los españoles»¹⁵. La guerra fue pactada y los mensajeros difundieron la noticia, así como la profecía.

Los gritos de guerra son la señal de inicio de un combate y al mismo tiempo una fuerza inspiradora para los soldados. Los españoles por lo general gritaban ¡Santiago y a ellos!, o ¡Santiago, cierra España!, fórmula que desde la Edad Media los hispanos usaron contra los musulmanes. Según cuenta Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, la primera vez que la pronunciaron fue a orillas del Río Grijalva al combatir a los tabasqueños y lo mismo sucedió en uno de los varios combates contra los tlaxcaltecas, cuando todavía no eran sus aliados¹⁶.

Los caxcanes de la Nueva Galicia, provincia que comprendía los actuales estados de Jalisco, Nayarit, Colima y Zacatecas, cansados de los maltratos y las injusticias de los encomenderos, se sublevaron contra el poder colonial en 1541. La rebelión se extendió rápidamente y alcanzó tales proporciones que el propio virrey Antonio de Mendoza encabezó un poderoso ejército para someter a los rebeldes, ante el temor de perder el territorio recientemente conquistado. Tenemos noticia de los gritos de guerra de los caxcanes. Xiuhtecutli, cacique de Xuchipila, atacaba a los españoles diciendo «*axcan quema tehuatl-nehuatl*», fórmula que se traduce «¡Ahora sí, tú o yo!» Y el famoso Francisco Tenamaztle, señor de Nochtitlan y principal líder de la rebelión, tenía el suyo, en náhuatl gritaba «¡Hasta tu muerte o la mía!» (*ashcanquema tehual nahual*)¹⁷.

¹⁴ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 243.

¹⁵ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 147.

¹⁶ Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, pp. 76 y 152.

¹⁷ León-Portilla, 2005, p. 23.

De parte de los conquistadores, las palabras de aliento antes de iniciar las guerras fueron frecuentes, sobre todo, en boca de Cortés. En varias crónicas se le percibe como un hombre muy locuaz; debió serlo ante la necesidad de animar a su ejército en la empresa de la conquista. Según Cervantes de Salazar, la víspera de la batalla contra Pánfilo de Narváez, pronunció un largo discurso, motivó a los soldados, calificándolos de esforzados, valientes y prudentes. Asimismo, les pidió hincarse frente a una cruz y una imagen de la Virgen, rezar y encomendarse a ella. Sus palabras surtieron efecto. Los soldados se hincaron con gran devoción y con las manos levantadas al cielo suplicaron vencer a sus enemigos. Fray Bartolomé de Olmedo los hizo confesarse, protestar la fe católica, perdonar a los ofensores y prometer enmendarse si Dios les daba la victoria. Asimismo les aseguró que conquistarían Tenochtitlan a fin de dominar al Demonio que había reinado entre los indios y, de esta manera, que se predicara el Evangelio «hasta los fines y términos de este Nuevo Mundo»¹⁸.

Los sermones fueron decisivos en las situaciones de peligro. Cuando los caxcanes estaban a punto de atacar la ciudad de Guadalajara, el bachiller Bartolomé de Estrada predicó uno y fue tal fuerza de sus palabras que alimentó la esperanza e impulsó la valentía de quienes lo escucharon. En su predica dijo que así como los ángeles habían vencido a Lucifer, los españoles obtendrían el triunfo a pesar de las desventajosas condiciones en las que se encontraban y auguró la ayuda de San Miguel y el apóstol Santiago en la batalla. El augurio se cumplió, y cuentan las crónicas que, efectivamente, los santos pelearon junto a los españoles.

Un acontecimiento de tal envergadura originó una procesión. Se celebró pronto, el día siguiente, encabezados por el gobernador Cristóbal de Oñate, los soldados y los vecinos de la ciudad, que dieron gracias por la colaboración divina. Desfilaron con una cruz y un estandarte, y cantaron el *Te deum*. Un día después, en la mañana, firmaron un pacto con san Miguel en una misa. Ante una imagen del santo, «allí, juntos todos, sobre el misal y ara consagrada, hicieron voto de tener por patrón de aquella ciudad, al señor san Miguel y hacerle altar particular, y en memoria de esta tan gran victoria, sacar cada año su pendón»¹⁹. En las torres de la catedral, colocaron una

¹⁸ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. 435.

¹⁹ Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. II, p. 234.

escultura del arcángel y otra del apóstol, a los que nombraron custodios de la ciudad.

Los ritos religiosos se produjeron a lo largo de la conquista y en momentos cruciales. Cuando el ejército de Cortés se encontraba a orillas del Lago de Texcoco para botar los bergantines se celebró una misa dedicada al Espíritu Santo, que los soldados «oyeron con lágrimas y contrición, suplicando a Dios apartase y librase de todo peligro los bergantines». Por su parte, Cortés «derramó tantas lágrimas y rezó sus devociones con tanta eficacia, que a los demás provocaba a mucha devoción». El sacerdote, «con el hisopo y el aceite, velas encendidas y una cruz», estando todos de rodillas, «santiguó los bergantines y echó el agua bendita», acto con el cual sacralizó la devastadora guerra. Las palabras no se hicieron esperar. Dijo a los asistentes: «Señores, yo he hecho todo lo que he podido; ahora todos y cada uno de vosotros ponga en su pecho por intercesor a Dios, el santo, santa, a quien vosotros más devoción tuviere, para que multiplicados, como la Iglesia canta, los intercesores [y] Dios dé[n] buen suceso a tan importante negocio». Hecha una señal, los bergantines fueron soltados con gran furia, se izaron las velas, se tiraron salvas al aire y se tocó música, mientras el religioso cantaba el *Te deum laudamus*²⁰. Enseguida, con la pragmatidad que lo caracterizaba, Cortés se dedicó a afinar las estrategias militares para tomar la ciudad²¹.

Durante la conquista de México los hispanos se dieron el tiempo para organizar alardes, misas, procesiones, bendiciones, entonar cantos religiosos, adorar símbolos cristianos, etc. Por su parte, los indígenas hicieron lo propio, manifestando simpatía o rechazo a los extranjeros mediante ceremonias, desfiles, desafíos, cantos, gritos, etc. Cada facción acudió a sus propios ritos, y los actos más sencillos y arcaicos, como dibujar una raya en el piso frente al enemigo, arrodillarse, vo-

²⁰ Además del *Te deum*, sabemos de otros cantos religiosos entonados por los españoles. Cuenta fray Antonio Tello que cuando Cabeza de Vaca, Dorantes, Castillo y el negro Estebanillo encontraron una cruz de madera muy alta y, alrededor de ella, huellas de caballos, signos de haber llegado a tierras cristianas, «con tiernos suspiros y lágrimas de gozo» entonaron el himno *Vexilla regis orideunt*, «que, conociéndolo, también entonaron los indios que los acompañaban». Luego entonces fabricaron cruces de caña, «e iban cantando y repitiendo el P. salmo *In exitu Israël de Egypto, domus Jacob de populo barbaro*» y varias letanías más (Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, vol. I, p. 252).

²¹ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, pp. 609 y 610.

ciferar, besar la tierra o rezar demuestran algo más que el acto en sí mismo, dota de trascendencia el momento en que fue realizado. A pesar de los errores de interpretación, subjetividad o parcialidad, las crónicas de Indias continúan siendo una valiosa fuente de información para conocer los significados que se pusieron en juego durante la conquista de México y en la pluma de sus autores nos tramiten una imagen colorida, vital, sorprendente, emotiva y fascinante.

Vale la pena también señalar que en el encuentro entre indígenas y españoles se dieron intercambios culturales, que produjeron apropiaciones simbólicas de parte de los dominados. En las populares danzas de moros y cristianos promovidas por los misioneros se fusionaron antiguos ritos indígenas, en un proceso de adaptación y renovación que originaron nuevas o, al menos, distintas formas de interpretar el clásico tema del triunfo del cristianismo sobre el paganismo. Fray Antonio de Ciudad Real, en su *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, registra varios ritos de recepción que celebraron los indígenas para recibir al fraile Alonso Ponce de León, comisario general franciscano²². Antes de llegar a Patamba, en Michoacán, los indios purépechas, «más de veinte indios a caballo, medianamente aderezados, vestidos como españoles» salieron a recibirlo. Algunos llevaban espadas de palo, uno, un arcabuz y otro, «una espada blanca de un español». Significativamente, el de la espada —que expresa la conquista española— se acercó al comisario para saludarlo para decirle que él y sus compañeros lo protegerían de los chichimecas. A continuación, corrieron por el bosque, dando voces y diciendo y repitiendo muchas veces «¡Santiago, Santiago!».

Al poco tiempo, salieron los supuestos enemigos, «diez a doce indios de a pie, vestidos como chichimecas, con sus arcos y flechas y empezaron a hacer monerías y ademanes, dando gritos y alaridos con que los caballos se alborotaron». El de la espada presentó ante el comisario a un falso chichimeca, que «hacía visajes, fuerza y piernas, como se quería soltar, y al fin el de a caballo le hizo soltadizo». Los jinetes salieron en su busca, repitiendo el nombre del apóstol Santiago, mientras los chichimecas bailaban²³.

²² Ambos frailes pertenecían a la orden seráfica. El comisario llegó a México en 1584 y durante cinco años visitó muchísimos lugares del territorio novohispano, hasta llegar a Nicaragua. Regresó a México, después de muchas enemistades.

²³ Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, vol. II, pp. 82 y 83.

Al llegar a Patamba, el comisario bendijo a los actores. En la plaza del pueblo, donde los purépechas habían construido «un peñol y castillo de madera muy alto», bailaron los supuestos chichimecas, mientras alrededor de la fortaleza, los que representaban a los cristianos galoparon en sus caballos hasta que, cuando anochece, «se apearon los de a caballo, y bajaron los del castillo, y todos juntos hicieron un baile y bailaron a su modo un rato al son de un *teponastle*, hasta que la noche los hizo ir a sus casas».

En esta celebración de bienvenida se invierten los valores. Los evangelizados purépechas, mediante la representación de una guerra, son los cristianos que luchan contra los paganos, identificados en este caso como los chichimecas, los indómitos indios del norte que se sublevaron contra el imperio español. Se apropian, por tanto, de un asunto religioso y político. Utilizan para ello los símbolos de la conquista, esto es, las armas, la vestimenta y los caballos de los españoles. Despliegan una enorme fuerza física: cabalgan, corren, tocan instrumentos musicales, gritan y bailan frenéticamente. Llamam al apóstol Santiago, un santo identificado con la conquista española, para simbolizar la guerra contra los infieles y construyen una fortificación, de la cual no salen derrotados los paganos, por el contrario, se unen a fiesta. No cabe duda que fue una manera muy original de dar la bienvenida a sus distinguidos invitados y de interpretar a su manera el mundo simbólico que había aprendido de quienes los habían dominado.

BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes de Salazar, F., *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa, 1985.
- Ciudad Real, A. de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, 2 vols., estudio preliminar de J. García Quintana y V. M. Castillo Farreras, México, UNAM, 1993.
- Díaz del Castillo, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (ms. Guatemala), ed. crítica de J. A. Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México/UNAM/Servicio Alemán de Intercambio/Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005.
- Frazer, J., *La rama dorada. Magia y religión*, trad. E. y T. I. Campuzano, México, FCE, 1986.
- León-Portilla, M., *Francisco Tenamaztle. Primer guerrillero de América. Defensor de los derechos humanos*, México, Diana, 2005.

- Mota Padilla, M. Á. de la, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973.
- Sahagún, B. de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1985.
- Tello, A., *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco. Libro segundo*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco/Universidad de Guadalajara/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1968.